

*A veces, el silencio habla más que cualquier palabra. Y lo que no se dice se queda.*

Se despertó con la boca seca, como si hubiese estado tragando arena toda la noche. En la penumbra, su respiración sonaba demasiado fuerte, demasiado viva para alguien que se sentía tan muerta. Abrió los ojos y dejó que la oscuridad se filtrara dentro de ella, reconociendo cada sombra que se había instalado en su pecho como si fuesen viejas amigas que llegaban sin avisar, cargadas de reproches y verdades afiladas.

Giró lentamente hacia el lado vacío de la cama. La almohada intacta, blanca y fría como la nieve que nunca cae donde se la espera. No necesitaba tocarla para saber que estaba helada, ni olerla para saber que ya no tenía su olor. Él se había ido sin dejar rastro aparente, pero su ausencia se había extendido por la casa con una intensidad que ella jamás podría borrar.

Su nombre había perdido su forma, su sonido original, su esencia. Nadie la llamaba Clara con dulzura, con deseo, con amor. Ahora la llamaban con resignación, con obligación, con la misma voz con que se anuncia la hora o se comenta el clima en el ascensor. Clara ya no existía, o quizás sí, pero enterrada tan profundamente dentro de sí misma que ya no sabía cómo recuperarla.

Se levantó lentamente, sintiendo que arrastraba consigo todo lo que no había sido capaz de decir. En la cocina, la cafetera seguía rota, llena de agua estancada que olía a abandono. La taza de él seguía allí, inmóvil, esperando algo que nunca llegaría. Tocó el borde frío y sintió ganas de romperla, de lanzarla contra la pared para que el ruido cortara el silencio insoportable que ahora adueñaba la estancia. Pero no lo hizo. La dejó allí, intocable, como un altar dedicado a un dios que había muerto.

Intentó vestirse, pero cada prenda pesaba como si estuviera hecha de recuerdos en lugar de tela. Se ató el cabello con la misma desgana con la que vivía últimamente. Al salir a la calle, la ciudad le pareció más ajena que nunca. Cada rostro era un recuerdo, cada sonido una punzada en su memoria. El mechero de alguien en la acera le recordó el gesto preciso con que él fumaba, cómo miraba el horizonte sin decir nada, exhalando humo como quien suelta lentamente el alma.

Odiaba la ciudad porque era él. Porque era ellos. Porque era todo lo que no pudieron ser de alguna forma.

En la parada del autobús, sus ojos encontraron una mujer que leía con concentración feroz. Observó sus dedos sosteniendo las páginas dobladas y sintió ganas de preguntarle si esos personajes también guardaban silencio, si también huían de las palabras nunca dichas, si también se quedaban atrapados en amores muertos que nadie les había enseñado cómo enterrar.

Se sentó junto a la ventana, observando las calles grises pasar como una película repetida demasiadas veces. El eco de su nombre resonaba en su cabeza, pero ya no sabía si era ella misma quien lo pronunciaba o si era la sombra de alguien más, perdida dentro de su cuerpo, de su cabeza. Clara. Clara. Clara. Un nombre que se repetía en el vacío, como un conjuro que ya no servía para nada.

Al llegar al trabajo, el edificio se alzaba como un gigante cansado, esperando tragársela un día más. Entró sin prisa, escuchando saludos mecánicos que respondía con gestos mínimos, insignificantes. Se sentó en su escritorio y observó el monitor apagado, viendo reflejada su propia imagen, distorsionada, borrosa, incompleta.

"El amor murió, pero nadie me dijo qué hacer con el cadáver", pensó.

Quizás, pensó Clara con un doloroso cansancio, el problema no era vivir con la ausencia, sino vivir sabiendo que ella misma también se había convertido en un vacío, una versión desdibujada de sí misma que no sabía cómo volver a encontrarse.

Y allí, en medio de aquella rutina asfixiante, entendió que ya no podía seguir esperando que alguien regresara para salvarla. Que la única que podría devolverle la vida era ella misma, aunque no tuviese ni la más mínima idea de cómo hacerlo.